

EL ARTISTA.

PERIÓDICO SEMANAL.

NUMERO 2.º



Cuatro palabras sobre la creacion de un Teatro francés en esta Côte.



STRANO sería en verdad que un periódico como el nuestro no tomase la iniciativa en una cuestion de tanta importancia. Si juzgada someramente parece que no es digna de los honores de la discusion, despues de maduras reflexiones se viene en conocimiento de que es trascendental para los artistas españoles, para los poetas, para la civilizacion, para el porvenir de nuestros teatros nacionales, y hasta para los nobles sentimientos de independencia, tesoro que guardan todavia los españoles, á pesar de tantas y tan graves pérdidas. Dícese, y con sobrado fundamento por desgracia, que algunos capitalistas, preciados de *buenos patrios*, piensan construir un teatro nuevo, en un sitio muy concurrido, y destinarle para una compañía francesa que representará esas zarzuelas que allende los Pirineos llaman *caudevilles*. Los músicos, los pintores, los maquinistas, los actores todos, en fin, serán necesariamente franceses y la sociedad que en dicho teatro se reuna, toda tambien hablará el idioma *parisien* y se aficionará á las costumbres de otros países y des-

Tomo I.

preciará nuestros severos y sencillos usos.

—No queremos detenernos en la facilidad con que el gobierno ha dejado establecerse nuevos teatros, sin atender á las graves cargas que pesan sobre los antiguos, sin respetar la propiedad de los empresarios; no queremos recordar tampoco las justas restricciones que esto tiene en Londres, en París y en Alemania; ni menos vamos á declamar contra el abandono en que este ramo tan importante de la pública administracion se halla. Pretendemos encerrarnos en el círculo de la cuestion, si bien todas estas cosas pudieran dar mayor solidez y asiento á nuestras razones.

—La civilizacion francesa cunde por gran parte de la Europa y domina en España. La moda, que por su carácter voluble y aereo parece nacida en París, es causa en gran parte de este hecho, y en la literatura, como en las artes, como en el vestir y en el hablar, va dejando la Francia profundas huellas en nuestro país. La moda por consiguiente será tambien la protectora del nuevo teatro, y aunque nosotros, que algo conocemos los de París, estamos persuadidos de que no serán del agrado de muchos las representaciones, y que la generalidad de los concurrentes necesitará *libreto* para entender á los actores, sin em-

Febrero 14 de 1847.

bargo la sociedad mas escogida, la que constantemente asiste á las funciones teatrales, abandonará nuestros coliseos españoles, para oír cantusear desentonadamente y para aplaudir cuatro *calambures* impúdicos.—¿Qué harán entonces nuestros pobres artistas! ¿Qué harán sin el aura popular de los aplausos, sin el ardiente estímulo de aquel mar de espectadores que se conmueven á su voz, como Dios mueve los elementos y los mundos? ¿Qué harán abandonados del gobierno que desdeñoso les ve luchar y reluchar sin tenderles generosamente la mano? ¿Qué harán ante la deidad poderosa de la moda? Sucumbir, y con ellos nuestro brillo y nuestra gloria; sucumbir ante unos aventureros, porque no vendrán Bouffé ni Mme. Rachel. Sucumbir, sí, como sucumbirá nuestra literatura, perdiendo sus nativas galas.—¡Demasiado perniciosas han sido ya las traducciones, aunque truncadas y con notables alteraciones! Ha desaparecido gran parte del decoro, de la severa gravedad del público español. Sufrimos en las comedias punzantes alusiones con mal disimulada sonrisa; el matrimonio es objeto constante de la sátira, los Reyes son todos badulaques; no hay virtud en las mugeres, y el vicio siempre tiene agradables colores. Nuestros poetas, que atentos á la sociedad presente, han de halagarla, ó se estrellan arrojándole á la cara sus vicios, ofreciéndoles antiguos modelos, ó tienen que acomodarse á lo que llaman *el gusto del día*. Así nuestro teatro, el primero del mundo literario, cae en descrédito; nuestros poetas contemporáneos, que pueden rivalizar con los de toda Europa, ven entrarse por las puertas de los Pirineos un mal gusto contra el que en vano intentan resistirse, contra el que serán inútiles sus generosos esfuerzos luego que el teatro francés tenga un puesto avanzado, un Gibraltar en el centro mismo de la capital de las Españas, protegido por la moda y tolerado por el gobierno.

Nuestros teatros nacionales, la Cruz, el Príncipe, Variedades, que comienza á engrandecerse, sentirán notable disminucion en sus entradas, y presto vendrá el desaliento y la economía, y como consecuencia inmediata la mala ejecucion, la mediana de los originales y de los actores.

Lo que será de nuestra civilizacion no podremos pensarlo: que no es cultura el desbordamiento de las pasiones, ni la falta de toda virtud. —El positivismo allí se ha infiltrado por todas

partes, lo útil ha vencido á lo bueno y la materia al espíritu. Lo que á publica espectacion se manifiesta en aquellos coliseos, las escenas que se representan en el teatro de *Vaudeville* (que es el que aquí se quiere parodiar) escitarán el rubor de nuestras mugeres, que guardan todavía pudor en su frente y pureza en su corazon, y causarán indignacion á las que ya imitan la sociedad francesa y aun á los hombres de vida libre. ¿Quien verá contento en España las escenas de *grisetas* y *estudiantes*, los frecuentes besos, los continuos equívocos de todos colores, los lúbricos cuadros del *Gentil Bernard*, que es lo primero que se nos viene á las mientes? Ya hemos dicho que el traductor mas torpe mutila estas escenas de colorido fuerte; pero aun así ¿quién sostendrá que es edificante la comedia francesa vestida á la española?

Proscripto casi el espíritu nacional de nuestra literatura, modificadas nuestras costumbres con el aluvion de extranjeros que cada día viene en busca de nuestras riquezas, y con la moda, postergadas las artes, familiarizados con el habla por la educacion y los frecuentes viages, un teatro francés viene á situarse en el corazon de la Península frente de otro extranjero tambien, aunque menos poderoso! cualquiera diria al entrar entonces en España que pisaba el suelo de una colonia de Francia. Y esto ¿lo consentiremos nosotros que aun todavía enseñamos con orgullo á la Europa entera el pabellon rojo y leonado, que ondea sobre nuestras murallas? ¿Lo consentirá el gobierno que ocupa las sillas de Florida Blanca, de Ensenada y Jovellanos? ¿Lo consentirán hombres que con voz elocuente rechazaron en el parlamento la influencia francesa, que evocaron las sombras del dos de mayo, para conjurar los presuntos enemigos de la independencia española?... Nosotros no lo creemos. Esperamos de los actuales ministros mucho en favor de los literatos y de los artistas para que abriguemos el temor de que concedan la licencia á *esos buenos patricios* que nos quieren traer la civilizacion de allende.

Nosotros nos contentamos por hoy con esto; basta con el grito de alarma, si hubiese alguno que quisiese salir á la defensa, aquí estamos prontos á la pelea, seguros de la victoria por las razones que nos asisten, por la nobleza de la causa que defendemos, y porque tendremos

de nuestro lado los aplausos de todos los buenos españoles, de todos los que abriguen sentimientos generosos.

José Gimenez-Serrano.

LA ESTRELLA PERDIDA.

NOCHE DE BORRASCAS.

«Heme aquí solitario entre las olas
que asaltan mis triunfantes pabellones:
rasgaron las gallardas banderolas
de mi nave los fieros aquilones:
destrozado el timon.... ya no gobierna....
y en esta noche eterna
de tanto desconcierto,
ignoro adonde mi bajel se lanza.
Para el naufrago ya.... no hay luz ni puerto....
cerrado el horizonte, mi esperanza
se aleja tan veloz cual las corrientes
de ese mar borrascoso que me lleva
sobre sus ondas á merced del viento.
Los anhelantes abrasados ojos
elevo al firmamento,
y nada encuentro en él—Sulfúreos rayos
en la altura las nubes centellean....
y solo en este mar do voy perdido,
¡fúnebres sombras mi bajel rodean,
ecos de muerte llegan á mi oído!
¡Ay!... ¿Dónde está mi estrella?... ¡Estrella mia!..
¡el astro de mi amor que en las borrascas
de norte me servía!..
Tu purísima luz oculta yace
entre ese negro pabellon de nubes
que errante vuela por el ancho espacio...
Tal vez agora con tu esencia subes
á reflejarte en la eternal morada
donde las almas de los justos viven
una vida... de llanto no regada!..
¡Tal vez por siempre tu divino rayo
no vuelva, no... sobre tu fiel marino
á brillar!... hora en languido desmayo,
hora vívido, ardiente,
iluminando su atrevida frente,
y abriéndole á través de los escollos
aquel seguro plácido camino
que le llevaba á tu rosado oriente.
Y ¿qué será de mí sin tu luz bella
en medio las sonantes oleadas
en que la prora de mi nao se estrella?
¿Qué le queda al marino zozobante,
enredada la jarcia, las escotas
al viento libres, las entenas rotas,
la brújula perdida, y caminando
al son del huracan que ronco brama
montes de espuma en su furor alzando?
¡Morir!... morir en las hirvientes olas
que en torno agita mi fatal destino....
hundirme en el profundo
del turbulento golfo cristalino,
y para siempre abandonar el mundo

sin que el reflejo de tu luz querida
alumbre el funeral del que no espera
ningun consuelo en su final partida.
¡Ay!... yo feliz muriera,
si el ánima en tu amor tan abrasada,
fijar en tí pudiera
la tibia luz de su postrer mirada!
¡Pero vano esperar!... ¡Aquellas horas
que en el sereno azul del limpio cielo
hermosa y clara para mí lucías....
ya nunca volverán!... ¡tristes auroras
vendrán en pos y nebulosos días!
¡Qué breve, cuán fugaz es la ventura!
¿De qué le sirve al que nació sin ella
un instante gozar de su dulzura,
si el recuerdo cruel del bien perdido
desgarra el corazón, y eternamente
lo lleva el triste á su dolor unido?
¡Ah! ¡nunca yo te viera estrella mia!
jamás, jamás tu misterioso brillo
hiriera mi razón... yo bajaría
al hondo seno de los turbios mares
tranquilo sin saber de tu existencia:
yo mi postrer aliento exhalaría
entonces con la vaga indiferencia
del que nada encontró en su edad florida
risueño y seductor que le encadene
y le haga amable lo que llaman vida.
Mas, por tí yo la amaba....
por tí la voz del rumoroso viento
armónica sonaba en mis oídos....
por tí yo amaba al luminar del día,
y la mar me encantaba y sus bramidos,
y el rauda vuelo y lastimero canto
de las aves acuáticas.... y cuanto
la vista del marino columbraba....
¡todo entonces muy bello, porque á todo
la estrella de mi amor de luz bañaba!
Entonces ¡ay! desde el brillante cielo
donde ella me miraba,
á la alta popa del bajel que hendía
veloz las bravas ondas, existía
un lenguaje elocuente
por el amor mas casto sugerido...
¡amor, amor del cielo! y solamente
por nosotros entonces comprendido.
En la noche serena
una lluvia de luz de su argentado
disco á mí frente, blanda descendía...
y con ella tambien el perfumado
aliento puro de la estrella mia.
En torno de mis sienes circulaba;
mi ser estremecido sintió llena
el alma que de gozo deliraba,
que con tanta ventura enloquecía....
y allí el marino arrebatado, ciego,
postrado al pie de la delgada entena,
aliento y luz estático bebía.
¡Oh!... como entonces alegre se ostentaba
cuanto creó la Omnipotencia Suma!
Volaba mi bajel sobre la espuma
como el águila roja que se esconde
en el seno del aire y salva el polo:
los genios de la mar le acompañaban
al sonoro compás de himnos marinos:
la enamorada, errante golondrina

saludaba al pasar con dulces trinos:
 las olas su costado acariciaban,
 y de la noche las calladas brisas
 daban impulso á la estallante lona....
 y allá, libre el bajel, mares surcaba
 con rumbo cierto á la templada zona
 donde la estrella de mi bien moraba.
 ¿Qué fué de tanta y sin igual ventura?
 las glorias de mi amor, ¿cómo volaron?
 tan liviano placer ¿adonde es ido?
 Mi estrella se ocultó..., de su luz pura
 ni un rayo las tinieblas me dejaron:
 cesó el blando murmullo... y un bramido
 los senos de este mar roncós alzaron....
 arrecia la borrasca y cuerpo toma:
 rugiente el vendabal, torvo, iracundo,
 sobre mi frente su furor desploma....
 cruzan en torno sombras macilentas....
 y en vez de aquella dicha, me acompañan
 fuegos de muerte, sombras y tormentas.

Ay!... ya jamás dirigiré hácia el puerto
 de esta mi nave la cortante proa!
 Aquí en las olas el destino cierto
 del bajel y el marino está presente....
 ¡Crucemos nave mía á la ventura,
 lánzate audaz sobre la mar hirviente,
 boga y desprecia el porvenir que aguardas....
 hasta que el viento abrasador ó el trueno
 que cóncavo resuena, nos confunda....
 y de esa mar el agitado seno
 al bajel y al marino trague y hunda!...»

Ráfaga ardiente arrebató el dolido
 último son del amoroso canto
 de un corazón herido.
 Zumbó la tempestad, creció el espanto....
 se doblaron las sombras, y violentos
 chocaron á la vez los elementos.
 ¡Ay!... al tocar la soñolienta aurora
 el horizonte con sus tintas varias,
 alumbró los despojos de la nave
 tendidos en las playas solitarias.
 No mas la melancólica y suave
 del doliente marino, honda querella,
 las olas escucharon.... ni en el cielo
 volvió á brillar su misteriosa estrella.

Tomás Rodríguez Rubí.

27 de diciembre de 1846.

DON JOSÉ ELBO,

Pintor.

«Alenza ha muerto: hace poco que
 las artes vistieron de luto por la
 muerte del malogrado Elbo: pue-
 de decirse que se han hundido en
 el sepulcro los últimos restos de
 Goya!»

EL ESPAÑOL.

A pesar de las profundas señales que en el rostro de Elbo habían dejado los males físicos, los padecimientos de su alma, las amarguras de su corazón, tenía algo de belleza ideal su fisonomía, y

había estremada nobleza en su porte. Su cabeza, la expresión de sus ojos eran los de un artista.

Su voz pausada y punzante se prestaba mucho al sarcasmo, y nuestro pintor, como Alonso Cano, como Herrera y como Goya, tenía siempre pendiente de sus labios una de esas frases, cortas, agudas, que van derechas al pecho del enemigo y le tras pasan cual si fuera el acero triangular de un florete.—«¿Por qué prefieres las escenas populares?» le decía un entusiasta de las teorías.—«Soy español, contestó, y no encuentro mas compatriotas que las manolas y los toreros.»—Razon sobrada tenía, que nuestra sociedad no es ya mas que una sombra, una parodia de la falsa civilización francesa!—«Los extranjeros, decía otra vez, no tienen corridas de toros, porque entre ellos no se encuentra un solo hombre que valga lo que el mas cobarde cachetero. Que comparen la cabeza de Montes con la de Murat.» En una esposición hablaban mal cuatro pedantes de uno de sus mejores cuadros y un amigo oficioso le apuntó al oído.—«Oye como te roen los talones.»—«Déjales: si me roen los talones claro es que están á mis pies y detrás de mí.» De otros que sin celebrar las bellezas se detuvieron en un pequeño defecto añadió.—«Estos son como las moscas, se paran en la basura.»

Pasó lo mejor de su juventud estudiando el natural. Copiaba no solo el paisaje local, sino que tomaba apuntes de las sillas, de la disposición del menaje, de los aperos, y del menor de los accesorios. Sus toros estan retratados con tanta fidelidad que los inteligentes distinguen las castas, las bacadas y las cualidades al echar la primera ojeada en sus cuadros. Sus caballos tienen todos el aire de la hermosa raza que despunta yerbas en las lomas de Ubeda y en las dehesas de Jerez y Utrera. Sus grupos son la verdad misma. ¡Cuánta gracia en aquellos ternejaes que con la garrocha tendida y el caballo á galope van acosando con voces y movimientos los toros y los cabestros en el cuadro del encierro! En las toradas que pintaba sesteando en las campiñas de Andalucía, ¡qué celages tan calientes! se ve el polvo y casi cree uno sentir el fatigoso calor de Agosto, cuando el sol hiere de lleno los campos! Lástima grande fué en verdad, y considerable pérdida para las artes la muerte de Elbo. Copiando la naturaleza había encontrado la fuerza de colorido, el calor que no halló quien le enseñase en las escuelas: copiando como Murillo, bodegones y bamboches, había adquirido fiereza en el manejo de los pinceles, corrección, gracia y una soltura que se acercaba á la de Goya, ¡quien sabe si mas adelante hubiera sido un pintor digno de figurar al lado de los grandes maestros!

Ingenio y ardor tenía para ello, mas le faltó la

vida y nosotros podemos esclamar con él: «Asunto habia en su album para cien cuadros;» pero yace en la madre comun la mano que los habia de trazar; el espíritu creador que en aquel cuerpo residia estará en los cielos á juzgar por su cristiana muerte.

Antonio Esquivel.

EL MIRADOR DE LA REINA.

Sobre la orilla izquierda del Darro (que parte y fecunda la ciudad y campos de Granada) coronando la cima de una prolongada colina se levantan los rojos torreones que forman el alcázar y fortaleza de Alhambra. En este ceñidor de murallas sobresale una gran torre, que como broche le promedia, por sus puntiagudas almenas, por su exterior robusto, y por estar en su interior lo mas grandioso del palacio árabe levantado por Alhamar el magnífico: se llama *torre de Comares*. Tomando nacimiento de su costado derecho parte una galería de columnas de mármol semejantes á punzones de nacar, que va á parar y rodea un elegantísimo torreoncillo, que por esta circunstancia se llama *mirador*, y de la *Reina* á causa de sucesos que referiremos despues, pues antes hemos de describir el interior.

Pasada la *sala de las frutas* (celebrada de Góngora, y donde se engendró tal vez á Felipe II) por la galería indicada, pobre en sus adornos por las sacrilegas y frecuentes restauraciones se viene á dar al *Peinador*, *Mirador* ó *tocador de la Reina*, pues con todos estos nombres se conoce. Una pequeña antesala pintada al temple precede á la habitacion cuadrada, objeto principal de nuestro artículo, y á la derecha mano hay una losa perforada en el pavimento, de mármol de Macael, que servia, segun el vulgo, para perfumarse. Despues, por un arco circular, se entra en un cuarto de la planta y tamaño de la torrecilla que en tiempo de los árabes seria bellísimo. Rodeado de arcos que le dan luz, está coronado de un tesoro de riquísima ensambladura en forma de pirámide, que descansa sobre una cornisa de poco relieve, en cuyo friso se lee en letras africanas esculpidas en cedro la inscripcion siguiente, muy gastada á trozos.

«En el nombre Dios que es misericordioso. Sea Dios con nuestro Señor y profeta Mahoma, y á los suyos y á sus amigos salud infinitas veces y salvacion. Dios es la lumbré del cielo y de la tierra: es lámpara de lámparas: constelacion luciente que arde con óleo santo, no occidental, ni oriental; que alumbrá sin tocarle y es luz sobre luz. Dios con su propio resplandor guía á quien le place. —Dios ha dado los proverbios á las gentes.—Dios es sabio en todas las cosas.»

Lo demas todo es moderno: en tiempo del Emperador se restauró, y luego, cuando la venida de Felipe V á Granada, fué habitacion y mirador de la Reina. Desde entonces así se llama. Antes en tiempo de los árabes era un *Mirab* ú oratorio, donde la *zalá* solian hacer, segun dice un antiguo manuscrito.

Desde los arcos y la galería exterior se descubre uno de los mas pintorescos paisajes del mundo.

Al pie de la colina festoneada de zarzas salpicadas de rosas, de almeses, de pobos y de nopales, corre por un estrecho cauce

el Darro, cuyas arenas son de oro, semejante á los cristalinos torrentes de los despeñaderos de Suiza. En la pendiente orilla del lado opuesto el Albaicin, cuyas ruinas cubren flores, y entre cuyos moriscos tejados sobresalen palmas y cipreses seculares; mas al oriente el barrio del *Hajariz* (deleite) donde buscaban recreo y aires saludables los poderosos moros de Africa, la antigua mezquita, la casa de Harmez, los baños de Mohamad V cercados de gayombas, las ruinas góticas del convento de la Victoria, la casa del Chapiz y los altos collados del Aceituno y de los almendres; las angosturas del rio donde creian situado el paraíso los árabes, y donde Chateaubriand escribió las poéticas páginas de su *Abencerrage*, los *cármenes* (alfombra de agradables colores) que con su amenidad y frescura dieron la vida al cardenal Gimenez de Cisneros y al Gran Capitan; la selva de avellanos que rodea el asiento de Generalife y los bosques de laureles que coronan este palacio de recreo: los montes del oro ó de Santa Elena, el acequia que nuevo milagro de la hidráulica ciñe con cadena de plata su talle vestido de altos álamos; y á lo lejos por donde nace el sol las sagradas montañas donde se alza la solitaria abadía que guarda las reliquias de San Cecilio, y la frente nevada de Muley-Hacen y del Veleto en los últimos términos del Horizonte. —Sobre la izquierda las pirámides del palacio de la justicia, trazado por Herrera, la cúpula de la catedral, obra insigne de Siloe, dibujadas en el oscuro tapiz de la vega, sembrada de olivares por esta parte, la serpiente de plata del Genil encerrada entre setos de mimbreras y de sauces; Santa-Fé, memoria eterna de las hazañas del campamento de Doña Isabel y de los héroes homéricos de la conquista; la sierra de Elvira, asiento de la gran ciudad romana; el puerto, coronado de atalayas, y allá en el fondo la cinta azul de los montes de Parapanda y de Montefrio que dan treinta por uno.

Desde aquí y á la vista de tanta grandeza se bendice á Dios y se conoce el dolor de Boabdil al ver por la vez postrera su ciudad querida desde los cerros del Padul. —Tan hermoso *mirador* es digno de una sultana, de una Reina. —En las losas de mármol de sus antepechos, en las paredes, en las columnas pueden leerse los nombres mas ilustres de los viajeros. Allí está la temblona letra de Chateaubriand y su rúbrica de noble, allí la del cronista Washington Irving, tan aficionado á la España; la de Dumas y Teófilo Gauthier; la de Jones el arquitecto, y la de otros muchos príncipes sabios ó artistas que han visitado esta *ventana del cielo*, como decia un Embajador Marroquí. Allí en fin improvisó Zorrilla, el cantor de nuestras glorias y de nuestras tradiciones, las siguientes octavas que conservo como un agradabilísimo recuerdo de amistad (1).

José Gimenez-Serrano.

DESDE EL MIRADOR DE LA SULTANA.

¿Quien no te cree, Señor, quien no te adora, cuando á la luz del sol en que amaneces vé esta rica CIUDAD de raza mora salir de entre los lóbregos dobleces de la nocturna sombra, y á la aurora abriendo sus moriscos ajimeces ostentar á tus pies lozana y pura, perfumada y radiante su hermosura?

(1) El que desee mas noticias del *Mirador de la Reina*, acuda á el MANUAL DEL ARTISTA Y DEL VIAGERO que hace dos años publicó en Granada.—Capítulo IV, pag. 409.

Yo te adoro, Señor, cuando la admiro
dormida en el tapiz de su ancha vega;
yo te adoro, Señor, cuando respiro
su aura salubre que entre flores juega;
yo te adoro, Señor, desde el retiro
de esta torre oriental que el Dauro riega;
y aquí tu omnipotencia revelada
yo te adoro, Señor sobre Granada.

Bendita sea la potente mano,
que llenó sus colinas de verdura
de agua los valles, de arboleda el llano,
de amantes ruiseñores la espesura,
de campesino aroma el aire sano,
de nieve su alta sierra, de frescura
sus noches pardas, de placer sus días
y todo su recinto de armonías.

Yo te conozco, ¡oh Dios!, en los rumores
que á este árabe balcon me trae el viento
perfumado entre pámpanos y flores,
y armonizado con el grato acento
de las aves de abril. Tantos primores
producto son de tu divino aliento,
porque á tu aliento creador se alía
con sus mejores galas la campiña.

Tu soplas, ¡oh Señor!, desde la altura
y saltan los collados de alegría,
y se cubre de flores la llanura,
y se llenan los bosques de armonía,
y se aduermen las aguas en la hondura,
y sin nublados resplandece el día:
que en tus ojos la vida reverbera
y es tu aliento, Señor, la primavera.

Y no hay region recóndita en el mundo
en donde mas tu magestad se ostente,
donde sea tu aliento mas fecundo,
ni la tierra en tu prez mas diligente.
Señor, tú estás aquí; tú en lo profundo
del corazon de su cristiana gente;
tú estás aquí; tu trono y tu morada,
sobre este cielo azul, sobre Granada.

Dame, ¡oh Señor! de querubín aliento
porque pueda esta vida transitoria
emplear en cantar con digno acento
en medio de este edem tu inmensa gloria.
Y al lanzar desde aquí mi voz al viento
dando á Granada su oriental historia,
purifique, Señor, mi arpa cristiana
el impúdico harem de una Sultana.

J. Zorrilla

Granada-1845.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV.

II.

EL HOSPEDAGE.

Comenzaba el día 20 de junio del año del Señor de 1483—y ya antes de amanecer veíanse discurrir por las calles de la ciudad de Évora muchas personas que se encaminaban hácia el palacio del conde de Olivenza, donde entonces moraba el rey D. Juan II, tomando en seguida el camino de la Plaza Mayor. Los que así madrugaban eran de todas clases y gerarquías; gentes del pueblo y caballeros. Oíase un sordo rumor de voces confusas, semejante al ruido que se distingue á veces en medio de la calma del Occéano, y que presagia el estallido de espantosa borrasca. El aire era húmedo y denso, y la sonrosada luz de la aurora penetraba con dificultad al través de la espesa niebla que entoldaba la atmósfera.

—«¡Abrid maese Blas, abrid!»—decía en altas voces un hombre que con el mango de un hacha golpeaba de recio á la puerta del barbero de la corte.

Maese Blas dormía descansado el tan apacible sueño matutino al lado de su respetable consorte, Inés Perez, roncando y silvando á dúo, ciertas armonías, dignas de ser acomodadas en algun moderno *spartito*: Inés fué la primera que se despertó con el ruido que hacían en la puerta, y moviendo el esférico cuerpo de su marido, le gritó junto al oído.

—«Blas, despierta, que raya el día, y están llamando. ¿Será algun page que vendrá á que le rapes para....»

—«¡Mal rayo te parta! Vaya al diablo á que le rape.»—Dijo maese Blas volviéndose para el otro lado.

Pero no había acabado aun de pronunciar estas palabras cuando nuevos porrazos y voces repetidas llamaron á maese Blas. Aumentaban aquel infernal ruido los gritos de Inés Perez para despertar á su marido, y los cuales hubieran bastado por sí solos para volver en su acuerdo á los siete durmientes. Maese Blas acostumbrado á ellos hacia oídos de mercader; mas por fin temiendo las vías de hecho, no tuvo otro remedio mas que saltar del lecho en que yacía.—A tientas y medio dormido se acomodó las calzas y la ropilla, y no hallando los borceguies, corrió descalzo á la puerta, que se venía abajo con las sacudidas y porrazos que sobre ella llovían desde afuera.

—«¿Son estos modos de despear á un cristiano?—gritó Blas desde dentro.—¿A estas horas en que apenas empieza á divisarse el arbol de la mañana? ¿Qué quereis tan de mañana por mi casa? ¡Aguardad á que salga el sol, y entonces os trasquilare!»

—«No es eso, Abrid vuestra puerta que venimos con prisa».

—«Mañana, caballeros, mañana. Si, como fuese para sangrar á alguno, vaya con Dios; pero maese Blas no acostumbra á hacer la barba tan de madrugada. Id á Pero Antunez que ahí abajo mora, y ese, de fijo, no os dejará sin rapar».

Diciendo esto examinó si la puerta estaba bien cerrada; corrió del todo el cerrojo, y tornóse á la alcoba. Infelizmente la señora Inés acababa de levantarse en enaguas para venir á terciar en la disputa con su voz de arriero; encontráronse á mitad del camino los dos consortes, diéronse de lleno uno con otro, como dos caballeros en liza, y maese Blas vino á dar con su cuerpo en el suelo.

Por fortuna la caída no fué de peligro: había recibido el encontron junto á la cama de la esclava mora que dormía en el suelo, y que aprovechaba, sin cuidarse del ruido, las pocas horas de descanso y libertad que sus señores la dejaban. Al caer maese Blas sobre el jergon de la esclava acabo de despertarse; levantándose no sin trabajo, hizo la señal de la cruz, y despues de encomendarse al ángel de la guarda, exclamó:

—«Buena pro me traiga el día; mas los principios son de fatal agüero.»

Pasaron algunos instantes en que todo estuvo en silencio. Inés Perez comenzaba á hacer cálculos sobre la pérdida que les ocasionaran los malos modos de su soñoliento marido, cuando otra voz muy diversa de la que en un principio se dejó oír, gritó de la parte de afuera.

—«De parte del rey abrid esta puerta, que si no lo hiciéredes presto, la derribaremos á hachazos, y vos, en la cárcel aprendereis á obedecer los mandatos de la justicia.»

Principiábase á calzar maese Blas los borceguies cuando tales palabras sonaron, é Inés que le había ganado la delantera en el vestir, oyendo la fórmula y voz del alguacil de corte, que tantas veces fuera á rasurarse á casa de nuestro barbero, abrió al punto la puerta, y haciendo mil cortesías procuró disculpar á su marido, á quien el sueño y el no saber lo que querían les había hecho caer en tal descortesía.

—«Compadre, si yo hubiese sabido que érais vos, ciertamente

que no os hubiera hecho esperar, interrumpió maese Blas, que llegaba á este tiempo; pero tanto sueño tenía que no os conocí la voz».

En pós del Alguacil entró de rondon un tropel de hombres que por las herramientas que en las manos traían parecían carpinteros: este era el séquito del alguacil.

El barbero dióse prisa á buscar los instrumentos de que se servía para remozar las caras que en sus manos iban á buscar limpieza y auxilio; pero el alguacil le dijo riéndose.

—«Compadre no os andeis de navajas ni tijeras, menester hemos de vos para otra cosa».

—«¿Para que?» —preguntó asustado el buen maestro.

—«Para que nos deis hoy posada en esta casa á nosotros y á un huésped que de aquí ha de pasar á mejor vida».

—«Os chanceáis, compadre? Esta casa está á vuestra disposición; pero no quiera Dios que en ella haga nadie tal viage».

—«En ella de cierto que no será; pero desde ella á fê que sí».

Iba en esto apareciendo el sol, y oyóse parar una cabalgadura á la puerta de la casa en que esta escena pasaba (que, era en la plaza de Évora) y pertenecía á Gonzalo Vaz, el cordeleiro, digno casero de maese Blas.

—«Son nuevos huéspedes —dijo el alguacil al barbero abriendo la boca con una risa hedionda— y tales como vos nunca los tuvisteis. Buen día amaneció para vos».

—«No decía él eso hace poco» —interrumpió la parladora tia Inés que había oído tan solo la última parte del diálogo, y que viendo llenarse la tienda de gente, andaba poniendo á buen recaudo todas aquellas cosas que por estar mas á mano podían llevar mal camino.

Apostáronse á la puerta varias alas de ballesteros, y por entre ellas se vió llegar una corpulenta mula, toda cubierta de negro, de tal suerte que las gualdrapas le arrastraban por el suelo: descabalgó de ella un caballero, que por su porte y ademanes parecía persona noble, pero que venía rebozado en un largo ferreruelo: detras de él se apeó otro que venía á las ancas, y ambos entraron en la tienda del barbero.

Siguióse entre los circunstantes un sepulcral silencio.

—«Dadnos, maese, la llave del desván que hay por cima de vuestra tienda, ó mejor hareis en abrírnos vos mismo su puerta».

—«Señor Ruy Tellez (que así se llamaba el que en las ancas de la mula cabalgaba) en ese desván están los trastos y almacén de Gonzalo Vaz el Cordeleiro; bien sabéis que él es el único que en Évora tiene de esa mercadería, y como ahora no está en la ciudad...»

—«Que me importa? —Contestó Ruy Tellez—Abrid, de parte de S. A.: os lo mando, y no queráis que usemos de la fuerza».

Calló el maese; dirigióse á la escalerilla del desván; abrió el desván, y el caballero desconocido subió acompañado de otros varios, y de fray Pablo el confesor del rey.

El barbero volvió á bajar acto continuo á la tienda, y tendió la vista hácia la plaza, donde ya estaba mucho pueblo apiñado. En la plaza habían colocado tabladillos y carros atravesados: varios hombres estaban abriendo hoyos delante de la puerta del maestro, en los cuales colocaban unos pies derechos formando dos hileras; sobre estos pies derechos clavaron unos barros atravesados, y por cima acomodaron unas tablas, formando así una especie de pasadizo, que del balcón de la casa de Gonzalo Vaz iba á dar á un tablado que de antemano habían levantado en el centro de la plaza.—Toda esta máquina, que parecía obra de muchos días, se había ejecutado en el espacio de pocas horas.

Maese Blas estaba con la boca abierta, y no podía acabar de creer lo que veía, ni lo que es mas, aun entenderlo.—El pueblo agitábase ondulante en medio de la plaza: balcones, tejados, chimeneas, todo negreaba con la gente; empero toda aquella muchedumbre parecía un concurso de sombras, porque no se oía en toda ella un grito, una risa, un lamento.

Los arcabuceros y ballesteros, cuyo número era muy reducido en aquella época, estaban colocados en ala y cubiertos de armas oscuras á los lados de la plaza: y por en medio de ella pasaban de vez en cuando algunos caballeros con sus cotas de colores, debajo de las cuales se veía relucir la coraza por las aberturas de los pulidos arneses: el paso de los caballos era pausado: había en todo aquello un aspecto terrible y misterioso.

El barbero estaba muerto de curiosidad por saber lo que aquellos aprestos significaban: hacía tres días que no había estado en palacio.—Pasóle por las mientes una idea repentina.... mas la repelió como abominable é imposible; y sin embargo, si la hubiese acogido, hubiera acertado con la verdad! —

Harto de hacer congeturas, salió de la tienda; llegóse á dos ó tres personas y les preguntó para que eran aquellos preparativos; ninguno se lo supo decir. Viendo de este modo defraudadas sus esperanzas, maese Blas se volvió á su casa entre mohino y apesadado, gritando desde la puerta á su muger.

—«Inés —¿está pronto el almuerzo?»

(Se continuará).

Isidoro Gil.

REVISTA DE LA SEMANA.

CARNESTOLENDAS.—EL ALCALDE DE ZALAMEA. —PORVENIR. —LA MUTTA DI PORTICI.

Resplandecen los salones con mil luces que se reflejan en los prismas de las venecianas arañas, que se quiebran en los espejos, en los jarrones de porcelana, en la flotante seda de las colgaduras: los vivos acentos del *wals*, de la voluptuosa *redowa* y de la *polka* enagenan y escitan al mas cuerdo; giran las mugeres coronadas de flores como hadas aéreas, orladas de encajes, vestidas de crujiente raso; olvídanse los hombres por algunas horas de las luchas del parlamento, de las *sociedades anónimas* y de las *primas*, y todos corren, ya vestidos con los garbosos trages de nuestros antepasados, ya con el prosáico frac y las *indispensables* placas á participar del contento de nuestra Soberana, de las nupciales alegrías de la Real familia, ó á mezclarse en el bullicio de las encubiertas de Villahermosa!!! Ha llegado el CARNAVAL! El paraíso de la juventud, el tesoro de los recuerdos, la llave de los placeres, el jardín de los amores y de las aventuras. — Dejémosle pasar para despues referir su historia, describir su fisonomía; dejémosle pasar henchido de armonías, rodeado de molicie, de viveza, de sátira, de alegrías, de sarcasmo, de bailes, de dolores y de locuras. — Paso! al rey de las fiestas con su tropel de arlequines y su chillona gritería. — Paso! á los grandes saraos, paso! á la desenfrenada plebe, paso! á todos. Entremos en sus grupos, oigamos su language, leamos en su corazon, adivinemos sus pensamientos: que nunca está mas descubierta el alma que cuando llevamos tapado el rostro, ni nunca se ve á mejor luz el gran cuadro de la sociedad, que en la franca efusion de los públicos regocijos. — Observemos para pintar, atesoremos impresiones, sentimientos para escribir. No olvidemos en tanto á nuestro teatro, y como episodio agradable, ameno por demas, depositemos una flor sobre la tumba de Calderon.

—Es EL ALCALDE DE ZALAMEA, sino la mejor entre las buenas comedias del Príncipe de nuestros poetas dramáticos, una de las mas notables por lo bien acabado de sus diversos caracteres, por el gran pensamiento que encierra, doblemente atrevido en el siglo XVII, por su bien dirigido argumento, y su versificación y sus diálogos.

Original, inimitable es

Don Lope de Figueroa,
que si tiene fama y loa
de animoso y de valiente
la tiene tambien de ser
el hombre mas desalmado,
jurador y renegado
del mundo, y que sabe hacer
justicia del mas amigo,
sin fulminar el proceso.

Y no le va en zaga Crespo, villano en su traje;

caballero de corazón, emblema de la justicia y de la honradez. Rebolledo, cofrade de la venerable hermandad de los tunos. Chispa, jacarandera y brava como todas las hembras que hacen vida común con la tropa, y hasta aquel Juan, niño con bríos de fogoso mancebo, están dibujados con una verdad poco común entre los poetas de nuestro antiguo teatro. — La comedia representada en el teatro del Príncipe la noche del jueves es una refundición de autor desconocido, tal vez de Solís. — Concebimos muy bien que se acoten algunos trozos de discretos, que se corten algunas escenas; pero no nos agrada ver las anchas brechas que deja la segur estraña en la lozana mies de nuestros grandes maestros en el arte dramática. — Tal vez el público no sea de nuestra opinión; por eso la Empresa del Príncipe, que con laudable empeño ha resucitado nuestro teatro del siglo de oro, se ha servido de las antiguas refundiciones sin atreverse á arreglar de nuevo los originales primitivos. Cuando se comienza una gran batalla es preciso vencer parcialmente al enemigo para asegurar el completo triunfo.

En la ejecución, Latorre descollaba entre todos como la figura mas acabada del cuadro; la severa sencillez de su porte, el clasicismo de su dicción y manera, daban un gran relieve al carácter enérgico, justiciero y activo de Crespo, del Alcalde de Zalamea. En varias escenas de los últimos actos compartió los aplausos con el poeta. — Los demás, bien.

Y ahora se nos viene á las mientes, á propósito del buen éxito de esta comedia, cuán injustos y desatentados andan los que combaten la resurrección de las obras de nuestro antiguo repertorio. Parece que en ellos han resucitado los intolerables clásicos del pasado siglo. Todos hemos clamado contra el vulgo porque no escuchaba con entusiasmo las obras insignes de Lope, Tirso, Moreto y Calderón, y ahora que con entusiasmo el público vuelve en sí, reconoce la grandeza de aquellos ingenios, les saluda con efusión, les aplaude y se felicita del buen hallazgo, hay todavía quien preciándose de buen patrio y de amante de la literatura nacional, pretende que otra vez se leguen al olvido los modelos de todos, lo admirado por naturales y estraños. Laudable es el pretexto en que apoyan su demanda, pero fútil y del todo incongruente. Con igual razón pretenderían los valientes de nuestro ejército que se ocultasen las banderas cogidas en San Quintín, en Lepanto y en Pavía para que no oscureciesen con la radiante gloria que las cerca, los triunfos que ellos han alcanzado en nuestros días, los que intentan alcanzar.

Mas dejando aparte esto, que nada interesa á nuestros lectores, puesto que como ilustrados se complacen con nuestras comedias antiguas, vamos á ocuparnos de lo porvenir, que aparece en verdad muy risueño. — A la hora en que escribimos estas líneas se estará representando la comedia original de los Señores Doncel y Valladares que anunciamos en nuestra revista enciclopédica, y tambien en la Cruz una parodia de la *Lucia de Lamermoor*, escrita á lo que dicen con suma gracia por el Sr. Azcona. — Tenemos entendido además que siguiendo las costumbres italianas saldrán este carnaval grandes comparsas de enmascarados en lujosos carros tirados por briosos caballos, ofreciendo en los alrede-

dores del Prado, del Botánico y de Atocha una semejanza de las grandes *mascaradas* de la plaza del Popolo en Roma.

Nada diremos de la *Mutta di Portici*: todos conocen este *spartito* de Mercadante, todos saben lo medianamente que se ha cantado en el Circo, lo bien que la Sra. Guy ha ejecutado su papel pantomímico, los temores del fuego, y la historia célebre de esta partitura ligada con la independencia belga y con los vendedores de los mercados de París. Seguimos esperando el decantado baile de ALBA FLOR LA PESAROSA.

José Gimenez-Serrano.

NOVEDADES.

*. Don Antonio Cabral Bejarano, pintor muy conocido y director del Museo de Sevilla, está concluyendo un cuadro original de costumbres, encargo de un rico capitalista de Madrid. El asunto está sacado del *Rinconete y Cortadillo*, bellísima novela de Cervantes, y representa la jácara y zarabanda de los tunos en casa del Monipodio, padre en aquellos tiempos de toda la taifa que dominaba en la ronda de Sevilla. El lienzo es de cinco varas y las figuras del tamaño natural. La escena pasa, como todos saben, en aquel patio alfofado del buen compadre. Con esta obra tiene paralizado su gran cuadro de la feria de Santiponce, donde piensa copiar toda la bazarria y lindeza de la gente de aquellas tierras.

*. La música mas en boga en los salones y saraos de París es *La cuadrilla argelina* de Sforzo de Bologuini, las polkas de Burgmüller, la de *la Reina* de Molgberg, la de Cuoci, los walses de Burmüller, de Ledn y de Fibich, los de cinco tiempos de Gawlikowski y su Napolitana.

*. En los teatros de Madrid se han representado el año pasado de 1846, ciento cuatro obras dramáticas nuevas, de las cuales cincuenta y seis han sido traducidas del francés, una imitada de un poema inglés y cuarenta y siete originales. El teatro del Príncipe ha estrenado nueve originales y diez y siete traducciones, el de la Cruz cinco de las primeras y catorce de las segundas y en el Circo, en Variedades, en el Instituto, en el Museo, en Buena Vista y en el Genio se han representado treinta y tres de autores españoles y veinte y siete traducidas.

*. Ha muerto el distinguido orientalista Mr. Amadeo Jaubert, par de Francia, conserjero de Estado, y secretario intérprete de lenguas orientales del Rey. Había escrito varios viajes, una gramática persa y había traducido la *Geografía* de Edrizi.

*. Tambien hay que deplorar el fallecimiento de Lepeintre actor distinguido y poeta dramático; y la de Wickemberg paisajista que seguía la buena escuela de Pablo Poter, de Van-der-Velde y de Berghen.

*. M. Alejandro Dumas es el novelista por antonomasia. Ha escrito tantas novelas y su imaginación se ha exaltado de tal manera describiendo e ncontradas pasiones que su vida va convirtiéndose en novela y misteriosa por la manera de la de *Monte-Cristo* ó de José Balsamo. Construye teatros, caza leones, da funciones teatrales en San German á beneficio de sus amigos, quiere ser diputado, asciende á capitán de la guardia nacional, hace versos, compone historias pintorescas, novelas, cuéntos, dramas, sátiras, impresiones y reimpresiones de viage. Escribe 150000 líneas de folletín al año y aprende griego, árabe, alemán, química, toxicología, magnetismo, tauromaquia, pintura, filosofía y que se yó que mas. Por fortuna es muy grande y tiene una compañía de colaboradores, sino Dumas era el Tostado elevado á la cuarta potencia *Oh vil metier!*

*. El celebre escultor Macrocheti ha concluido el modelo de la gran estatua ecuestre de Napoleon que ha de colocarse en la esplanada de los invalidos. Dentro de pocos dias comenzarán á preparar el vaciado, pues ha de ser de bronce.

Imprenta de Alhambra y Comp., calle del Burro, núm. 4.